



¡Chispas!

La leyenda de la Casa Mimética

© Darío Vilas 2007



¡Chispas! is licensed under a [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/).

I

—¿Qué tiene de especial esa casa? —preguntó Víctor.

—No es toda la casa, es sólo una de las habitaciones —respondió Rafa.

—Pues esa habitación. ¿Qué le pasa?

—Ya sabes, lo típico. Muertes en extrañas circunstancias, leyendas sobre fenómenos paranormales... Ese tipo de cosas.

—Ajá —añadió sin entusiasmo Víctor, antes de enmudecer de nuevo.

Los dos hombres viajaban en coche hacia las afueras de Lantana. Ya habían dejado atrás hacía rato las últimas viviendas habitadas, y se dirigían a una zona que había quedado abandonada cuando la ciudad comenzó a prosperar, dejando las viejas casas para pasar a convivir en los lujosos edificios de apartamentos del centro. Fueron las propias constructoras las que ofrecieron los pisos entre los propietarios de las casas, además de irrechazables ofertas en metálico, para hacerse con todos los terrenos de las afueras, pensando en las grandes posibilidades que le brindaban de cara al futuro. Pero, por el momento, las decrepitas construcciones permanecían en pie, olvidadas por completo, a la espera de los numerosos permisos de obra que desde el ayuntamiento se ocupaban de prorrogar durante meses para así poder sacar más tajada en forma de sobornos.

Víctor y Rafa llegaron a Lantana la noche anterior, después de que Vicente, un antiguo compañero de instituto de Rafa, les enviase un correo electrónico informándoles sobre una habitación encantada. Ambos trabajaban juntos estudiando fenómenos parapsicológicos, más por dinero que por vocación, y llevaban tiempo preparando un libro de leyendas folclóricas de casas, pisos, montes, o cualquier otro lugar que se rumorease que estuviese maldito, dentro del territorio español. No es que fuese muy original, pero habían vendido muy bien su libro anterior, que versaba sobre posesiones demoníacas, y la

editorial quería seguir exprimiendo el filón.

En el tiempo que pasaron recorriendo lugares encantados, se encontraron en muchas situaciones que escapaban a la lógica, encargándose, con altas dosis de imaginación y libre interpretación de los hechos, de que en sus relatos se plasmasen de la forma más espectacular posible. Pero siempre había algo de realidad detrás del mito que creaban, al menos bajo su criterio.

Cierto es que de cada diez lugares que visitaban, con suerte, en uno de ellos experimentaban alguna clase de fenómeno paranormal o “fenómenos para anormales”, que era como Víctor denominaba los sucesos que parecían provocados deliberadamente por propietarios que no se resignaban a dejar morir la leyenda de su fuente de ingresos. Por descontado, estos detalles solían omitirlos en sus narraciones.

—¿Sabes de qué me acabo de acordar? —preguntó Rafa con una media sonrisa, después de largo rato en silencio.

—Dime —respondió Víctor sin demasiado interés.

—De lo que pasó en Belmez. ¡Ja, ja, ja!

—Gilipollas —espetó molesto.

Habían pasado una noche en Belmez, en la famosa casa de las caras. De madrugada, empezaron a escuchar crujidos y pisadas, e incluso se pudo oír claramente una voz débil pero amenazante que provenía de una pared en la que se distinguía uno de los rostros más nítidos. En cuanto esto comenzó a suceder, Víctor salió de la casa corriendo y se negó a volver a entrar, a pesar de que Rafa ya le había advertido de que los dueños harían todo lo posible por asustarles. Necesitaban revivir la fama del lugar, que quedó bastante dañada después de que unas pruebas químicas demostrasen que las figuras habían sido hechas con zinc, cromo, plomo e incluso, en los casos más clamorosos, con lejía común.

Al final decidieron no incluir la noche de Belmez en el libro, alegando en el prólogo que habían dado prioridad a las leyendas menos populares.

II

Llegaron a la casa antes de que empezase a anochecer. Su dinámica habitual era pasar la noche en el lugar encantado, permaneciendo despiertos por turnos y colocando dos grabadoras, una digital y una vieja grabadora de casete que Víctor se empeñaba en seguir utilizando para poder registrar posibles psicofonías, aprovechando la cantidad de residuos sonoros que se quedaban impresos en las obsoletas cintas de banda magnética. Normalmente, lo único que quedaba grabado eran sus conversaciones, ronquidos del que estuviese durmiendo o, como mucho, algún sonido difícil de identificar pero que probablemente sería provocado por el viento o los típicos crujidos de las casas viejas. Todavía no tenían ninguna grabación de voz real tras más de una veintena de lugares visitados.

Tan pronto entraron, un fuerte golpe de viento de aquella zona, próxima al desierto de Perlada, cerró la puerta a sus espaldas con estrépito. Víctor dio un respingo.

—¡Vaya por Dios, qué topicazo! La puerta se ha cerrado de golpe —se burló Rafa.

—Cállate capullo. Nosotros mismos somos un tópico. Dos tipos que recorren casas encantadas para escribir un libro.

—No te lo niego. Pero ganamos mucho más dinero del que podría haber conseguido si hubiese terminado la carrera de psicología.

—Bueno, vamos al tema, que tengo algo de sueño. ¿Cuál es la habitación?

—Es esta —informó Rafa, colocándose en medio de la estancia con los brazos abiertos.

Pues vaya, esperaba algo más tétrico. Paredes blancas, suelo de granito, completamente vacía y con dos puertas de acceso al resto de la casa, además de la principal —observó Víctor—. No es que imponga demasiado.

—Es cierto, la verdad es que esperaba algo más imponente. Pero bueno, quizás nos sorprenda. Por lo de pronto podemos echar un

vistazo a las otras habitaciones.

—Vale, pero con cuidado. Es más probable que topemos con algún yonqui que con un fantasma.

Pero no encontraron nada. Todas las habitaciones estaban completamente vacías, no quedaba un solo mueble, y hasta las puertas de los armarios empotrados habían sido desatornilladas, así que decidieron volver al cuarto de entrada, que había sido la cocina, según relató Rafa a su grabador digital.

—Hay huecos de alacenas en la pared principal, les han quitado las puertas. En el suelo se puede ver la marca de lo que debió ser una cocina de hierro, por la forma y los residuos de grasa y hollín que se extienden hasta el techo, donde probablemente hubo una chimenea extractora que ahora han tapado con cemento. Antiguamente, era muy común instalar la cocina en la primera habitación de la casa, ya que la mayor parte de la vida familiar y social se hacía en ella, por lo cual era también la habitación más amplia. La única ventana que tenía ha sido tapiada —apagó el grabador—. Víctor, aquí no hace frío, pero deberíamos ir al coche a por las mantas, por si refresca.

—Sí, claro, nunca están de más —aceptó, mientras asía el pomo de la puerta. Lo giró varias veces pero no cedió—. Joder, se ha encallado.

—A ver enclenque, déjame a mí —dijo Rafa, girando con brusquedad mientras le pegaba fuertes tirones que no la hicieron ceder lo más mínimo—. Pues es verdad, está bien atascada. Es igual, hay ventanas bajas en el cuarto contiguo. Salgo yo y vuelvo ahora mismo con las mantas.

—Bueno, pero no tardes.

—Bah, no seas cagón, joder, que la habitación está vacía. ¿Qué te va a pasar?

Rafa se dirigió a la puerta situada más a la izquierda y agarró el tirador, pero esa tampoco cedió. Sin mediar palabra, para no preocupar a Víctor, se acercó a la segunda puerta, pero el resultado fue exactamente el mismo.

—¡Mierda! —exclamó Rafa.

—¿Tampoco se abre?

—No, las tres puertas están atascadas. Ese cabrón de Vicente seguro que se encargó de alguna manera de que esto pasase. Lo habrá preparado todo.

Bueno hombre, no te preocupes.

—¿Qué? —Rafa se sorprendió ante la tranquilidad de su compañero, que tendía a asustarse con facilidad. Le miró inquisitivo.

—No pasa nada, sabes que siempre tomo la precaución de enviar un correo electrónico a la editorial antes de cada visita, con instrucciones de mandar a alguien en caso de que no llame a primera hora de la mañana para informar a Patricia sobre el resultado de nuestra visita. Así que...

—Pues cojonudo, porque yo no cogí mi móvil.

—Yo tampoco, esperaba volver al coche. Más que nada porque también nos hemos dejado la cena.

—¡De puta madre, coño, con el hambre que tengo!

—Tranquilo, entre los dos podremos abrir alguna de las puertas, y si no, te invito a desayunar por la mañana —propuso un Víctor extrañamente jubiloso, teniendo en cuenta la situación.

III

Demoraron cerca de dos horas intentando abrir cualquiera de las puertas, primero forzando las cerraduras y, cuando sus intentos fueron frustrados, probando a derribarlas cargando contra ellas entre los dos. Pero no consiguieron nada.

Al final, completamente exhaustos, decidieron esperar a la mañana siguiente, tal y como había propuesto Víctor.

—No hemos encendido las grabadoras —observó Rafa.

—Es justo lo que estaba pensando. No pasa nada, las ponemos ahora. Al fin y al cabo, sólo se habrían escuchado nuestros golpes.

—Pues hagámoslo, ya que tenemos que pasar la noche aquí

encerrados lo mejor será que sigamos nuestra rutina habitual y saquemos provecho. Espero que por lo menos valga la pena.

—Y yo espero que no, que no pase absolutamente nada.

—Anda que... menudo parapsicólogo estás tú hecho.

—Mira, piensa lo que quieras, Rafa. Yo prefiero usar mi imaginación para adornar las historias.

—Ya, ya... ¿Qué hora crees ...?

—¿...crees tú que será? —completó la pregunta Víctor. Ambos se echaron a reír.

—Supongo que cerca de las once y media —calculó Rafa.

—Más o menos, sí —aceptó su compañero.

El ambiente comenzaba a enrarecerse. Rafa se había percatado de ello hacía ya un rato, y supuso que su amigo también lo notaba, aunque ninguno de los dos dijo nada al respecto. El calor era sofocante, demasiado incluso teniendo en cuenta la proximidad del desierto, en el que por las noches la temperatura solía caer en picado. Supuso que se debería a que se había acumulado el calor en la estancia antes de que las puertas se atrancasen.

Perdido en sus pensamientos, no había notado que Víctor le observaba con aquella sonrisa estúpida todavía en los labios.

—¿No lo notas? —preguntó Rafa finalmente.

—Sí, es una sensación extraña.

—Esta no es una casa como las otras. Aquí se respira un ambiente malsano. ¿No crees?

Víctor no contestó, se limitó a asentir, con su sonrisa todavía dibujada, lo cual empezó a poner nervioso a Rafa.

—¿¿Qué pasa?! —le increpó.

—¿¿Qué pasa?! —contestó el otro, imitando exactamente el mismo tono y gesto.

—¿¿*Me estás tomando el pelo?*! —gritaron al unísono, frente a frente, los gestos idénticos.

El pecho de los dos se comprimió de forma súbita, y en sus ojos se vislumbraba un temor irracional que empezaba a crecer. Cara a

cara, los brazos caídos a los lados del cuerpo, con actitud defensiva, como dos gatos a punto de enzarzarse. Suavizaron su respiración poco a poco, intentando templar los nervios para no asustar al otro.

—*Yo hablaré primero* —volvieron a decir de forma unánime.

—*Venga tú primero* —se contestaron, y después— *¡Mierda, para ya!*

Víctor comenzó a pensar que Rafa intentaba tomarle el pelo para asustarle, pero le parecía demasiado el que pudiese intuir todo lo que iba a decir. Tampoco sabía que él estaba pensando exactamente lo mismo.

—*Mira, paso de hablar contigo, me voy a echar un rato* —exclamaron molestos.

—*¡No podemos dormir a la vez!* —se increparon.

—*Pues duerme tú primero* —concedieron.

“Esto es imposible” pensó Rafa, “por mucho que lo intentase, con esfuerzo podría prever un par de frases, pero está diciendo exactamente lo mismo que yo, al mismo tiempo”. Poco a poco, empezaron a separarse, apartándose del otro hasta las puntas opuestas de la habitación, sin dejar de observarse mutuamente con la misma mirada suspicaz. Se sentaron con las espaldas pegadas a la pared y ambos fingieron distraerse mirándose las manos.

“¿Estará haciendo lo mismo que yo?”, se preguntaba Víctor. Levantaron súbitamente la cabeza, esperando sorprenderse. Pero el gesto fue mimético. De nuevo, agacharon la cabeza, esperaron un par de minutos e intentaron coger desprevenidos al compañero, aunque otra vez realizaron cada movimiento en sintonía.

“Es de locos”, comenzó a divagar Rafa, “esto no puede estar pasando. Tiene que ser una alucinación. Pero Víctor no puede ser parte de la alucinación, salvo que en realidad esté poseído por la habitación. ¡Claro que sí! Está siendo dominado por este cuarto, intenta volverme loco” dedujo, sin poder intuir que Víctor estaba pensando exactamente lo mismo. Y entonces se le ocurrió una solución: “Si me muevo muy rápido, es probable que llegue hasta su

lado antes que él, entonces podría golpearle en la cabeza. Un golpe flojo, lo justo para que pierda el conocimiento hasta mañana, y así evitar que pueda seguir intentado hacerme enloquecer”.

Se miraron de nuevo, sabiendo ambos que el otro pensaba en atacarle, así que decidieron hacer una advertencia:

—*¡No lo intentes, es una estupidez, sabes que soy más fuerte que tú!* —pero en esta ocasión, Rafa distinguió una variante. Había hablado a la vez, pero Víctor había dicho “débil” en lugar de “fuerte”. Sonrieron, se vieron hacerlo, y volvieron a ponerse serios.

—*No voy a hacerte daño* —se tranquilizaron.

—*¡Vamos, no seas imbécil, sabes que soy más lento que tú!* —Víctor lo exclamó como ruego, mientras de los labios de Rafa las palabras brotaron como una amenaza, y en lugar de “lento” dijo “rápido”.

“Lo sabe, es consciente de que puede conmigo, así que no se lo va a pensar dos veces”, intuyó Víctor. Decidieron que era el momento de calmar los ánimos.

—*Somos amigos, no hagas ninguna tontería* —se pidieron.

—*Está bien, nos volveremos los dos hacia la pared, intentaremos dormir* —acordaron, de nuevo al unísono, mientras se volvían. Se acostaron, y así pasaron las siguientes horas.

IV

“Chispas”, recordó Rafa. “De pequeño decíamos eso cuando dos amigos hablábamos a la vez. Y después pedíamos un deseo”. El recuerdo le hizo sonreír. Pensó que si podían mantenerse lo suficientemente separados el uno del otro, no tendrían nada que temer. Pero él sabía que no estaba poseído por ningún ente, ya que era capaz de pensar con total claridad. Desde luego, el afectado era solamente Víctor, así que nada le podía garantizar que no fuera una treta para mantenerlo de espaldas, y que en cuanto se quedase dormido saltaría sobre él. Ya había comprobado que era consciente de su inferioridad física, así que tendría que sorprenderle con la

guardia baja. Y lo había conseguido.

“No te vuelvas”, pensaba Víctor. “¿Y si él está pensando exactamente lo mismo? Puede que lo haya maquinado todo desde el principio para vender su gran historia. Sería una estupidez por su parte, aunque nunca se ha caracterizado por su inteligencia. Y sabe que has avisado a la editorial, que Patricia llamará si no recibe ningún mensaje a primera hora. Si no respondemos enviará a alguien. Por otra parte, es un tío demasiado ambicioso. Nuestros viajes han resultado muy poco productivos, y la historia de una habitación encantada en la que uno de los dos muriese sería una tentación para él”.

“Es absurdo”, concluyó Rafa. “Por mucha ansia de notoriedad que tenga, no quitaría la vida a un amigo sólo para hacerse famoso. No, claro que no. Es la habitación, está bajo su influjo, así que no puedo tenerle en cuenta nada de lo que diga. Lo mejor será que haga lo que había pensado. Le golpearé en la cabeza para asegurarme de que no me ataca durante la noche y esperaré a que vengan a sacarnos”.

“Es lo mejor”, pensó Víctor.

—¡*CHISPAS!*—gritaron al unísono, mientras corrían el uno hacia el otro, con sus grabadoras en la mano, pidiendo el deseo de pillar por sorpresa a su adversario.

¡Chispas! es una ficción inspirada en
la Leyenda de la Casa Mimética



Si quieres saber más sobre la leyenda negra de la ciudad de Lantana:

Lantana, donde nace el instinto

A la venta a partir del 21 de diciembre de 2012